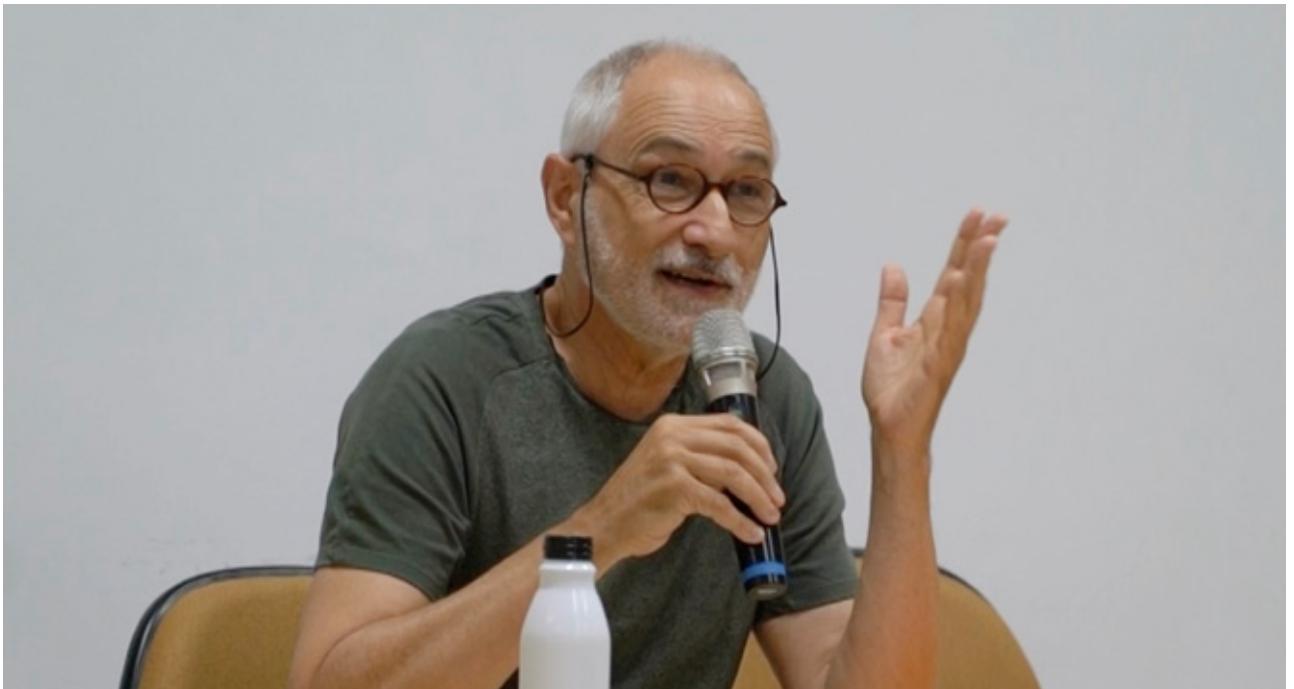


COMUNIDADES DE RESISTENCIA

Luis Aranguren Gonzalo

Hace tres años nuestro tiempo quedó interrumpido por una pandemia desoladora, a la que siguió la creciente oleada de violencia y de guerra en la vieja Europa, con la consiguiente escasez de energía y la subida vertiginosa de los precios. Las desigualdades crecen al compás de una nueva guerra mundial, hecha a pedazos. Ante tan complejo y funesto panorama, ¿Qué tipo de comunidades hemos de construir en la plaza pública, allí donde reina la incertidumbre, el miedo y el desamparo?



Luis Aranguren en un momento de su intervención en la Conferencia General Adsis

Es tiempo de generar *comunidades de resistencia*, fraternidades que creen en el poder de lo frágil, porque en lo frágil acontece lo realmente valioso que merece la pena conservar. La resistencia ayuda a ensanchar

nuestras comunidades creando un espacio compartido donde se adivina la figura del Samaritano colectivo, como señala el papa Francisco: “Seguir atentos, como el Buen Samaritano, a todos aquellos que están golpeados

por el camino, pero a su vez, buscar que muchos más se sumen en este sentir”. La resistencia no busca héroes de guerra, sino tejedores de cruces en el reverso de la historia, allí donde acontece la fecundidad colectiva.

La resistencia encuentra cuatro modos de conexión.

LA RESISTENCIA COMO AVISO

El filósofo Benjamin denominaba “avisadores del fuego” a quienes eran capaces de avisar de las catástrofes inminentes para impedir que se cumplan; “hay que apagar la mecha encendida antes de que la chispa active la dinamita”, escribió antes de la II Guerra Mundial. En las actuales circunstancias, esta disposición camina de la mano con los oscuros “profetas de las calamidades” que denunciaba Juan XXIII en su momento: los agoreros de fatalidades y desgracias. Avisar es un modo peculiar de cuidar y de proteger a las víctimas en una situación de riesgo. Avisamos de los peligros de una redada en el metro a los compañeros migrantes, para que no pasen por ahí; avisamos para alertar y saber alterarnos ante las urgencias que siempre nos presenta ese otro que se encuentra en situación de riesgo de exclusión o directamente malvive en ella. Avisar es un acto de responsabilidad cuando tú ves lo que yo no llego a ver, cuando las vidas precarias se agarran con desesperación a nuestras débiles redes de solidaridad.

LA RESISTENCIA COMO MEMORIA

Queremos ser resistentes, no tozudos. En Jesús encontramos un estilo en el que la memoria es lugar de encuentro de los frágiles. El mismo Jesús de Nazaret se convierte en memoria peligrosa frente a un orden radicalmente injusto. Esa memoria nos conduce a la indignación (¡“No hay derecho!”) y desde ese caldo de cultivo nos mueve a la compasión que acompaña la caricia y la empatía con la lucha por los derechos, el acompañamiento personal a la cita médica y la reivindicación colectiva que sigue gritando que ningún

ser humano es ilegal. La memoria es la cita con nuestra identidad compartida que da cuenta de las fuentes de nuestro caminar, en un peregrinar que hacemos entre muchos. En ese cruce, la memoria de las identidades particulares no colisionan unas con otras sino que configuran un marco de acción y de aprendizaje colectivo ancho y gozoso.

LA RESISTENCIA COMO AMPARO

Porque donde no llegan las instituciones quedan las casas que se tornan en cobijo, y el buen hacer de tantos que con su tiempo y su voluntad convertida en voluntariado ofrecen protección a quien ha perdido todo. Sobre las colas del hambre cabe formular estrategias de intervención política de alto alcance, pero a las comunidades de resistencia les cabe el honor de acoger, cuidar y esperar a tanta gente que ya no confía en casi nadie. En el desierto del desamparo, la resistencia trenza hilos de confianza para no perder la fe en el ser humano, para crecer en un apoyo mutuo donde nos reconocemos salvados unos por otros..

LA RESISTENCIA COMO INCIDENCIA

Porque, con todo, nos negamos a ser comparsa de un viejo mundo a la deriva. La resistencia se articula en formas plurales de incidir sobre la realidad para mejorarla; desde la revuelta de las mujeres en la Iglesia que marcan la agenda de una profunda sinodalidad hasta las revueltas de los desahuciados que exigen un techo y denuncian el poder omnívoro de una banca que roba con guante blanco. Tenemos el deber de acompañar la incidencia política de los afectados por la enésima crisis. En cada crisis, con los perdedores. Resistir incidiendo para que la materialidad de la vida mejore, para que las leyes cambien, para que la justicia acampe entre nosotros, hasta que la dignidad sea costumbre.



Las comunidades de resistencia se constituyen como aquellos fueguitos que describía Galeano en sus escritos. Fueguitos que alumbran una realidad oscura y que nos hacen vivir en el *optimismo trágico* del que hablaba Mounier. Ni optimismo ingenio que se escapa en la abstracción de la buena voluntad, ni pesadumbre pesimista que se retuerce en el dolor para no salir de él. Como resistentes que somos creemos que la realidad es posible modificarla de a poquito, y en ese viaje nos necesitamos unos a otros, no como táctica sino desde un convencimiento renovado. El papa Francisco lo recuerda: “Necesitamos desarrollar esta consciencia de que hoy o nos salvamos todos o no se salva nadie”.